

en este corazón que amores late  
y vive afectos y cariños guarda.

Dejaré mi ciudad y aunque a mis ojos  
suban rebeldes en turbión mis lágrimas  
y no me dejen ver las hermosuras  
que en ellos se grabaran  
desde el día en que vi la luz primera,  
siempre el recuerdo vivirá en mi alma  
cual faro luminoso  
de un sol radiante que jamás se apaga;  
y veré con sus luces  
las mil bellezas de mi tierra amada,  
la vetustez del Cáceres de arriba,  
el de severas solariegas casas  
—que diría Galán—esta riente  
juventud de la plaza,  
esta Castra Caecilia de mis tiempos  
que acrece poco a poco y se dilata,  
la cinta de verdura  
de la fértil «Ribera». «La Montaña»  
el blanco nido de la Virgen bella,  
el santo nido de mi Virgen santa  
que velará por mí desde su ermita  
ingente y solitaria.

He subido estos días  
a despedirme de Ella y a sus plantas  
puse mi corazón; mirando luego,  
desde la altura, nuestras tierras llanas,  
debí mirar lo mismo que lo hiciera  
el que se ve morir desde sus ansias.  
¡Qué triste, amigos míos,  
el querer abarcar con la mirada  
y sólo de una vez lo que se pierde!  
¡Que el Cielo os libre de amargura tanta!

Hay flores en la tierra  
a las que, fiero, el huracán maltrata.  
Yo soy como esas flores... El destino  
de todos me separa,  
mas así cual las flores, cuando mueren,  
dejan donde nacieron su fragancia,  
yo, que voy a partir, os dejó a todos  
en cada abrazo, un trozo de mi alma.

† ENRIQUE MONTANCHEZ

«Ripiosín»

## ANDRÉ GIDE

DEL cenáculo parisién desaparece otro literato, ya famoso antes de comenzar el siglo XX: André Gide. Por los años 1921 y 1922, su nombre codiciado en las letras francesas, llenaba de interés y curiosidad las páginas de las revistas de París. «La Nouvelle Revue Française» publicaba, por entonces, fragmentos autobiográficos suyos, bajo el título de «Si le grain ne meurt»; un estudio: «Dostoievski»—breve alocución leída en el «Vieux-Colombier»—a propósito del novelista ruso. El primero de Febrero de 1922 aquella revista ofreció un homenaje. Consideraba Gide su trabajo como una especie de introducción a las seis lecciones sobre «Dostoievski», prometidas a la escuela de «Jacques Copeau». «Schestof» escribe: «Dostoievski y la lucha contra las evidencias», con notas y traducción del ruso de «B. de Schloezer». Aparecen, también, unas cartas del autor de «Los Hermanos Camarazof». Y Jacques Riviere habla «De Dostoievski y de lo insondable».

Se puede discutir la conducta moral de André Gide, su terrible sinceridad, sus intimidades, truculentas, inspiradas en la propaganda en un ambiente malsano. Sus vicios y virtudes. Pero desde el ángulo artístico, que es el único propicio a nuestra mirada, la obra literaria del autor de «Los monederos falsos» tiene valores indiscutibles. Confesar debilidades y errores en voz alta, como esos tipos humanos de la novelística rusa, en anhelos de regeneración y perdón, es una forma de castigo. Santa Teresa cuenta sus primeros amores de lecturas mundanas, y, el mismo San Agustín, declara a los cuatro vientos sus íntimos errores maniqueos.

Nos vamos pues a permitir unos comentarios intrascendentes, con motivo de su reciente y último viaje, ya, a estas alturas, en posesión de la verdad. «Gide, Premio Nóbel 1947, maestro en algunos aspectos de varias generaciones francesas es fundamentalmente un intelectual ligado al desarrollo de su obra. Sus cambios de actitud, que le han valido repulsas y enemistades, aun visibles en algunas de las necrologías aparecidas en la prensa francesa, no muestra una disconformidad, si no que contribuyen a retratar su actividad vital». En España entre otros literatos, Azorín, ha puesto, como siempre, apostillas evocadoras, con esa impasible y amable sencillez tan propicia a su espíritu, a la memoria del autor de «Las cuevas del Vaticano».

La prosa clara y transparente de Gide queda como el modelo más clásico de todos los escritores de su generación. El mismo lo declara en unas manifestaciones solicitadas por «La Renaissance», «Al hacer residir el principal secreto del clasicismo en la modestia: puedo decir que hoy me considero como el mejor representante

del clasicismo». López Prudencio el año 23 en un prólogo a «Las tierras pardas» del malogrado poeta extremeño Ramírez López Uría le dice que posee «la noble elegancia espiritual que más enaltece a los hombres: la modestia».

Prosa lapidaria por su sencillez, la de André Gide. Conceptos, claros. Síntesis, iluminadas por un pensamiento de lógica cartesiana, en busca de realidades, acaso, excesivamente francas por su desnuda sinceridad.

Muchas veces, cuando nos sorprende la dolorosa noticia de la muerte de un escritor en cuyas obras nos hemos deleitado, nos agrada acompañarlo en el recuerdo relejendo pasajes de sus libros, sin duda como agradecimiento a las horas tan intensas y febriles que nos hiciera pasar en la juventud. En «La Nouvelle Revue Française» de primero de Marzo de 1922 escribía Gide sobre diversos motivos breves comentarios que no se han traducido al castellano y que ofrecemos ahora a los lectores de «Alcántara».

## I

## JUVENTUD

»Se ha dicho que yo corro tras de mi juventud. Es verdad. Y no solamente de la mía. Aun más que la belleza me atrae la juventud y de un modo irresistible. Creo que la verdad está en ella: creo que siempre tiene razón contra nosotros. Creo que lejos de pretender instruir, es ella donde nosotros, los primogénitos, debemos buscar instrucción. Sé bien sin embargo que la juventud es capaz de errores; y que nuestro deber está en prevenirles de la mejor manera. Pero creo que con frecuencia queriendo preservar a la juventud, se lo impedimos. Creo que cada generación nueva llega cargada de un mensaje que debe darle a luz; nuestra obligación es ayudar a este alumbramiento. Creo que lo que se llama «experiencia», no es a menudo más que la fatiga inconfesada, de resignación, de desabrimento. Creo verdadera, trágicamente verdadera esta frase de Alfredo de Vigny, citada con frecuencia, que parece simple a los que la citan sin comprenderla: «Una vida bella, es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura». Poco me importa el fin que el mismo Vigny no haya visto quizá toda la significación que yo pongo; esta frase la hago mía.

»Pocos de mis contemporáneos han sido fieles a su juventud. Casi todos han transigido. Es lo que llaman ellos «dejarse instruir por la vida». Han renegado de la verdad que está en ellos. Las verdades prestadas son aquellas a las que se aferran más fuertemente, y tanto más cuanto más permanecen de extraña a nuestra intimidad. Es preciso mucha precaución para alumbrar su propio mensaje, mucha más prudencia que para dar su adhesión y añadir su voz a un partido ya constituido».

A Luis Plasencia también le atraía la juventud; le merecía y le

ofrecía su predilecta atención. El haber coadyuvado a su alumbramiento, cuando tuvo oportunidad, es acaso el mejor cuartel del escudo literario de Plasencia. Así ayudó a Francisco Valdés y Arturo Gazul cuando llamaron temerosos a las puertas de la «Página literaria» del «Correo de la mañana», hace ya muchos años. Francisco Valdés, publicó más tarde «Ocho estampas extremeñas». Gazul ha escrito millares de cartas a sus parientes y a sus amigos: cartas bellísimas de un valor incalculable.

Ese tacto de codos cortesanos donde tantas medianías impiden el acceso de los mejores a los primeros puestos; esos «críticos» que limitan los elogios a compromisos de conveniencia política y propia, en un juego infantil de bombos mútuos, demuestra el enrarecimiento y la pequeñez de un ambiente hermético tan poco propicio a la noble juventud. Podemos seguir siendo fieles a nuestro credo literario y a nuestra propia obra, sin perjuicio de ofrecer nuestra ayuda a los que nos siguen en las nuevas tareas y nuevos afanes de expresar la Belleza. A veces una sola palabra de aliento, una sonrisa de aprobación, un saludo expresivo para el que inicia el difícil camino del Arte, es la mejor recompensa a la obra incipiente y el estímulo más intenso para un verdadero artista. Negar el saludo a quien pasa con frecuencia a nuestro lado, por envidia o por orgullo o animadversión no es un delito de lesa humanidad, es sencillamente una estupidez. En la vida española y sobre todo en las provincias—Madrid también es provincia—la acción de saludar es una forma sociable tan varia y compleja, que requiere cursos completos de psicología y de moral.

## II

## FLAUBERT

«¡He amado tanto a Flaubert!... Todo lo que se escribía contra él me atormentaba; pero cuanto más aun lo que yo mismo he dejado de escribir. Su «Correspondencia» durante más de cinco años, en mi cabecera, sustituyó a la Biblia. Era mi depósito de energías. Proponía a mi fervor una forma de santidad nueva. Pienso que los alumnos de Gustave Moreau, han sentido hacia el maestro una veneración parecida. Pero Gustave Moreau no ha sido un pintor más grande que Flaubert. ¡Ay de mí! ni un gran escritor. Este lo sentía bien: no escribió tan bien como él esforzándose en escribir bien. Los verdaderos maestros, Montaigne, Pascal, Saint-Simón, Bossuet, no se causaban tanto mal. Cuando releo hoy a Flaubert sin tanta reverencia, jamás lo hago sin pena, sin tristeza. Veo por todas partes contención, torpeza. Cada frase no sale de su empuje más que por una extremada simplificación de la sintaxis; divide y yuxtapone. No consigue otra fusión que el análisis. Los elementos permanecen en estado tosco. Pero con más dotes personales y que necesitase menos esfuerzos, con más seguridad, veríamos debilitarse su devoción y por lo tanto nuestra admiración».

El descubrimiento de nuestro camino admirativo hacia Flaubert, llegó a través del sendero lusitano de Eça de Queiroz. Primero conocimos «El primo Basilio» y después «Madame Bovary». Decían de Queiroz que su novela era la Madame Bovary portuguesa. Y es cierto. Queiroz fué un apasionado flobertiano. Dos libros igualmente escandalosos. Según sus autores, con el fin de descubrir el mal en evitación de nuevas caídas de ingenuas mujeres provincianas o lisboetas. Según los Tribunales de París, novela desmoralizadora y escandalosa para la virtud cristiana. La defensa judicial en favor de la sociedad francesa, causó efecto contrario. Creció, como las llamas, la propaganda y elevó la fama del escritor. Flaubert recordaba este proceso, con cierta íntima fruición, a su ahijado Guy de Maupassant, cuando cayó también en poder del Juez «Bola de Sebo». Hoy, después de este medio siglo de escritores extranjeros, sobre todo de novelistas amorales, en esta sociedad más libremente perversa, aquellas novelas inmorales del siglo XIX parece que pecan de ingenuidad.

Flaubert fué uno de nuestros apasionamientos juveniles. Lo seguíamos emocionados, paso a paso, en su casita de Croisset allá en las soledades campesinas, cerca de Ruan. Veladas en el silencio nocturno, horas y horas, inclinado sobre el pupitre buceando, como un náufrago, en su mar interior de profundidades estéticas hasta descubrir la verdadera palabra que debía expresar una idea, un objeto: palabra cargada de esencia, «íntacta» Noches de insomnio y de alucinación. Nos constreñía su sufrimiento. Nos perturbaba la rigidez emocionante de sus normas artísticas.

Su temperamento reconcentrado, filosófico, seguía las huellas del neoplatonismo. Su religión era la Belleza. Fué un discípulo practicante de la filosofía de Plotino. El autor de las Enneadas consideraba que el *bien* y lo *bello* semejan al hombre a Dios, puesto que Dios es el principio de la Belleza o más bien que el *Ser* es la *Belleza*. Y aunque Plotino, siguiendo el curso de las *Ideas* de Platón, situaba al Bien por cima de lo bello, para Gustabo Flaubert la *Belleza* era el único *Sol* del firmamento ante el que permaneció prostrado hasta su muerte, súbita. Decía Plotino que el hombre de acción es siempre mediocre. La esencia misma de la acción es una limitación. Aquel que no puede, que no quiere, «pensar», «contemplar», aquel se mueve.

La «Correspondencia» de Flaubert, a pesar del entusiasmo de Gide, no guarda la forma depurada que tiene su prosa en las novelas. Su lenguaje es distinto. Sorprende su abundancia y libertad. Habitado en sus obras literarias a ocultarse, como un diós mitológico, a sujetar su espíritu a las ligaduras impuestas por sus reglas estéticas, cuando escribe a sus amigos o familiares se desentumece y sale a flote esa su primera persona, decidida a contar sus ideas y emociones en plena libertad. Es el verdadero Hombre, el otro Flaubert, cordial y campechano a quien podemos tratarlo en la intimidad y conocerlo, como se descubre a un buen amigo.

## III

## EL PINTOR MATISSE

»He visto a Matisse en Niza ¡Ah! ¡Que hombre encantador! Me »ha hecho entrar en una habitación bastante pequeña, oblonga, como un largo colador. En este cuarto vive y trabaja; las paredes están tapizadas con sus últimas telas que no se alcanzan a ver más que retrocediendo mucho, aun en el reflejo del armario de luna. »Pinta tanto tiempo como dura el día; después, a la luz de la lámpara, dibuja. No es de los que piensan que trabaja desde que tiene »en su mano la pluma o el pincel; busca sin cesar, se esfuerza; los »más exquisitos de sus lienzos son aquellos de los que está menos »satisfecho, porque desprecia los efectos que obtiene de aquí adelante a golpe seguro. Llama vuestra atención hacia otras telas menos »terminadas, pero en las que se lee una rebusca que sus admiradores de primera hora, y Vdes. saben que los tiene, no esperaban nada seguro de él que quizá les desagrade porque no las comprendan. »Habla con precisión del realismo; aspira a poder dibujar propiamente una mano, «de dedos que no tengan el aire de puntas de cigarrillos», a poner un ojo en su lugar, es decir, por encima de la nariz y de lado suficiente para dejar lugar al segundo ojo. Dice: «No »basta solo con dibujar bien una mano: todavía hace falta que forme parte del conjunto». Porque se parte del conjunto: pero es preciso llegar a él. Y de un lado, en sus dibujos, sueña en la actualidad con detalles que se esfuerzan hacia el conjunto, y de otro, en »su pintura se esfuerza hacia detalles que no perjudiquen a la emoción del conjunto. Es decir, a los cincuenta años, hélo aquí que »vuelve a descubrir sus elementales verdades que la escuela enseña »a los alumnos. Hacia el fin de su vida va a volver a tomar el punto »de partida de los grandes maestros, de Mantegna, de Miguel Angel, »de los que en seguida hojamos reproducciones. ¡Ved! me gritaba »él, cómo está dibujada esta mano! Porque volvía siempre a las manos, como el trozo más difícil de escoger. Y me repetía la palabra »atroz de Forain: «En la actualidad en que los alemanes no compran más que nuestra pintura nuestros jóvenes deben aprender a »hacer las manos».

»Y yo pensaba que sin duda importaba olvidar en seguida todo »lo que no había sido una adquisición banal, y que no se sabía »verdaderamente bien más que una exigencia personal os había »hecho aprender con pena. Pero cuando escuchaba a Matisse protestar que nada le irritaba más hoy que observar que admiraban »tal o cual de sus lienzos olvidando que cada uno a sus ojos no era »más que una dirección hacia otra cosa, le oí gritar: «Lo que me »importa, no es nunca lo que yo he hecho, sino lo que voy a hacer. »Yo quisiera no ser juzgado más que por el conjunto de mi obra la »curva general de mi trayectoria, de mi evolución»—si yo no podía

»rehusarle el asentimiento de mi simpatía. pensaba que él pedía lo imposible que un pintor no pueda ser juzgado por sus obras en dispersión; y que él comete rara imprudencia renunciando a hacer un cuadro.»

Sobre estos juicios e impresiones de André Gide hemos puesto unas ligeras apostillas dedicadas a su memoria.

Dice un escritor nacional que el puesto de Gide en la literatura francesa contemporánea es transcendental. Se le considera como uno de los mejores críticos de su generación. Y aunque los reproches a sus cambios de posición y principalmente su inmoralismo no es defendible, «quede permanente su estilo y la fuerza humana de su obra, que en más de un momento se mueve impulsada por la búsqueda de la verdad».

ENRIQUE SEGURA

## NUESTROS ARTISTAS

Comenzamos a publicar en este número de «ALCÁNTARA» las reproducciones fotográficas de obras de artistas extremeños. Dos finalidades perseguimos con esto: enaltecer aquellas figuras del arte, nacidas en nuestra región, que conquistaron los laureles del triunfo y disfrutaron de bien cimentada fama y contribuir por otra parte a divulgar las obras de aquellos artistas de Extremadura que van camino de ceñir a su frente también tales laureles o que inician ahora su carrera, puestos los ojos en el pináculo de la gloria.

El público que nos tiene en las manos se encargará de juzgar estas reproducciones y de establecer entre ellas la correspondiente jerarquía estética.

«ALCÁNTARA» se limita a ofrecerlas a los lectores para que ellos las contemplen y decidan sobre el valor de cada una.

Hacemos esta observación porque como uno de los objetivos que nos hemos propuesto es el de estimular a nuestros jóvenes artistas en sus actividades creadoras, juntamente con obras de reconocido mérito, aparecerán otras que presenten algunas bellas cualidades, prometedoras de una futura victoria en estas nobilísimas lides del arte, pero sin que por el momento constituyan un valor indiscutible.

Empezamos esta publicación con un bellissimo cuadro, debido al pincel de nuestro ilustre paisano D. Eugenio Hermoso.

Seguirán otras obras de Covarsí, Pérez Comendador, Sánchez Varona, Caldera, Sánchez Paredes, etc.

## PAGINAS LIRICAS

### MADRUGADA

Sí, la madrugada ya.

Ya vino la madrugada

no sé de dónde sacada

ni de qué fondo de mar.

Que si el caballo se va

y el gallo tiene alborada

entre la yerba pisada

queda noche por pisar.

En la madrugada está

no sé qué luz de llamada,

sueño en el alma arrastrada,

con lata al rabo, a ladrar.

Aliento de mi cristal,

mi frío de madrugada,

(secreto de mi verdad

la dulce espina clavada),

viene haciéndome llorar.